

JULIO FAESLER

Claridad

Así como EU cree tener derecho de criticar asuntos internos mexicanos, nosotros tenemos más que suficiente justificación en condenar la insensata libertad de comercio de armas que allá existe.

Algunos de los comentarios a la prensa que funcionarios estadounidenses de alto nivel han venido haciendo en estos días sobre la guerra contra el narcotráfico que está librando el gobierno de México, son irresponsables y falaces y, por lo mismo, han tenido que ser enérgicamente refutados.

Es falsa, por ejemplo, la declaración del señor Dennis Blair, director nacional de Inteligencia de Estados Unidos, de que “el gobierno mexicano ha perdido el control en algunas partes de su territorio debido al narcotráfico”. El secretario de Gobernación, Fernando Gómez Mont, ha dejado en claro que ninguna parte de la República Mexicana carece de la presencia de la autoridad y de los servicios públicos que el Estado proporciona.

El miércoles pasado, el señor David T. Johnson, director de la Oficina de Narcotráfico Internacional del Departamento de Estado, se permitió señalar, casualmente cuando Estados Unidos recortaba 150 millones de dólares al Plan Mérida, que en el negocio de las drogas en México participan directamente unas 150 mil personas que mueven capitales hasta por 25 mil millones de dólares y que 90% de la cocaína que llega a Estados Unidos pasa por México procedente de Sudamérica. El señor Johnson se extendió aún más afirmando que el fenómeno de la droga en México “genera corrupción, lavado de dinero, hacinamiento en prisiones, problemas a la frontera, más demanda y oleadas de violencia”.

A esa y a otras evaluaciones, igualmente severas, que intencionalmente ignoran las realidades en el país vecino y que están a la raíz de los problemas, el presidente Calderón ayer dio respuesta diciendo: “Sí tenemos problemas como los tiene también Estados Unidos. Pero lo que tenemos nosotros es una firme determinación de terminar un problema que no ha sido creado en nuestro país, sino que sufrimos como consecuencia de estar al lado del mayor consumidor de drogas del mundo y del mayor proveedor de armas del mundo...”

El presidente Calderón, su secretario de Gobernación Gómez Mont y el procurador general Medina-Mora, han puesto los puntos sobre las fes. La entrada y distribución de las drogas en Estados Unidos no podría hacerse sin una activa convivencia de sus funcionarios. En esta necesaria subida de tono de nuestra posición, México está denunciando con todas sus letras que una corrupción interna, hasta ahora no confesada, está ensuciando la administración pública estadounidense, misma que muy poco parece hacer para cumplir la responsabilidad que le corresponde en una lucha que, para ser eficaz, tiene que compartirse.

No es nada nuevo que México apunte al inmenso consumo de drogas que cunde en EU. Desde hace tiempo se les ha venido diciendo que ese mercado interno es el que sostiene astronómicos movimientos mundiales de capitales.

La reacción estadounidense, sin embargo, ha sido siempre esquivada. Cuántas veces les hemos

escuchado afirmar que en su país no había mafias y que el negocio de la entrada, almacenamiento y distribución de las drogas era una actividad hormiga, que atravesaba una red de micronegocios informales que escapan a la detección. Nunca aludían a la indispensable operación de mayoristas e intermediarios y sus agentes de protección.

Continúa en siguiente hoja



Fecha 14.03.2009	Sección Primera: Nacional	Página 21
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

Resulta irónico que, cuando por fin comienzan a efectuarse las primeras tímidas incautaciones de drogas y armas en Estados Unidos, se afirma que los culpables son las mafias mexicanas que han penetrado su territorio. En cualquier caso, semejante revelación confirmaría que las redes de corrupción medran, vigorosas, bajo la criminal tolerancia política y administrativa estadounidenses.

Si se habla del preocupante tema de seguridad nacional, la inquietud de México se extiende al contrabando de armas. Así como Estados Unidos cree tener derecho de criticar asuntos internos mexicanos, nosotros tenemos más que suficiente justificación en condenar, como lo ha hecho constantemente nuestra embajada en Washington, la insensata libertad de comercio de armas que allá existe. Se calcula que a nuestro país entran dos mil armas diarias, 730 mil anuales, procedentes de las miles de tiendas que hay cerca de la frontera.

Si Estados Unidos asumiera su compromiso de prohibir la exportación de armas, la intensidad de la lucha podría amainar. Sólo como ejemplo, en lo que va del año, en México se han incautado 34 mil armas, de las cuales 19 mil son rifles de asalto, compradas en Estados Unidos. En contraste a esto, los decomisos de armas que comienzan a realizarse en ese país alcanzan cifras ridículamente pequeñas.

Ser vecino del mayor mercado de drogas del mundo nos está costando miles de vidas y un gasto presupuestal que hay que restar a todas las tareas de desarrollo económico y social que aquí nos urgen. El daño que nos acarrea es irremplazable.

Estados Unidos tiene que dejar de eludir su corresponsabilidad pretendiendo transferirla sólo al terreno de interminables acuerdos binacionales y ofrecimientos de financiamientos condicionados.

La lucha contra la producción y el tráfico de narcóticos espera una verdadera acción coordinada. Ésta sí la podemos compartir. Lo que a Estados Unidos toca es atacar con firmeza su perverso consumo interno de drogas. Es esa su tarea, nosotros ya llevamos tiempo cumpliendo con valentía la nuestra.

juliofelipeaesler@yahoo.com